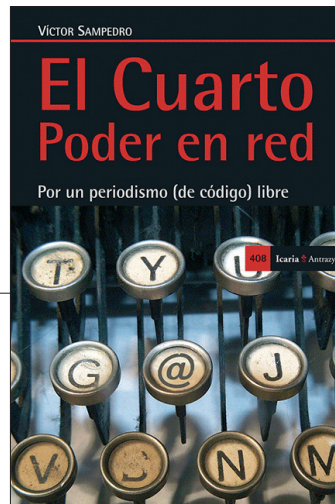


## DE LAS CENIZAS A LA RED: EL PERIODISMO COMO BIEN COMÚN

JOSÉ CARLOS SENDÍN GUTIÉRREZ  
josecarlos.sendin@urjc.es

### El cuarto poder en red Por un periodismo (de código) libre

Víctor Sampedro  
Editorial Icaria  
ISBN: 978-84-9888-590-3  
Madrid, 2014. 280 páginas



Sampedro nos ofrece y comparte –porque el libro se puede leer en partes también en la red– no sólo y fundamentalmente un alegato a favor del periodismo, sino además, una defensa de un nuevo poder ciudadano y de una nueva democracia. Desde las primeras líneas el lector se siente sacudido por el alto voltaje de los datos, los personajes y el análisis perspicaz de la transformación social que parece apuntarse, pero que hasta ahora nadie había sabido traducir en palabras. Palabras que a veces parecen querer levantar por las solapas al que lee, como diciendo, “entérate, está pasando ahora y es importante que lo descubras”, mientras desarrolla ideas a las que vuelve y recalca, pasados los capítulos, en un ejercicio circular que pretende dejar clara –y lo consigue– la tesis central: ya existe una nueva forma de periodismo entendido como bien común (sí, al igual que el agua o el aire que respiramos), libre, de código abierto y mancomunado. Aire nuevo para una sociedad desencantada, para un periodismo en busca de modelos y para unas aulas donde se forman los futuros profesionales en una universidad maltratada, pero quizá por ello, también sumida en la conformidad de un saber rutinario.

Como en todo buen relato, no pueden faltar los personajes. En este libro hay tres principales: Julian Assange, director de WikiLeaks, herramienta que ha permitido conocer miles de documentos y que ha desarrollado código de encriptación para poder transmitir información manteniendo el anonimato. Assange permanece todavía refugiado en la embajada ecuatoriana de Londres, después de ser perseguido por una acusación por violación. Chelsea Elizabeth Manning (antes, Bradley Edward), condenada a 35 años de cárcel por desvelar la mayor cantidad

de documentos sobre las guerras de Irak, Afganistán y las actuaciones de las embajadas norteamericanas. Y Edward Snowden, hoy asilado en Rusia para huir de la persecución americana, pues filtró a cuatro periódicos en 2013 que la Agencia de Seguridad Nacional de EE.UU. accedía a los registros telefónicos y de Internet de millones de usuarios en EE.UU. y en todo el mundo. Los tres comparten criminalización por similares motivos, haber filtrado información que muchos actores querían mantener oculta. Por cierto, un famoso dicho del periodismo define la noticia como aquello que todos quieren mantener oculto, el resto es propaganda. Sin embargo, son estos protagonistas los que inauguran una nueva época y muestran un camino al ejercer una ética de la transparencia. Esta es una de las claves que explican la importancia de los *hackers* como proveedores de información, pero también de cualquiera que libere datos, “pues de la información que compartimos y contrastamos dependen nuestras decisiones colectivas. No sabemos legitimados para generar información por nosotros mismos es el primer obstáculo para entender el alcance del Cuarto Poder en Red” (p. 26).

Sampedro deja claro que Internet no es la causa de los problemas del periodismo, sino su condición de supervivencia, puesto que acabará fundiendo en un único flujo el resto de medios y será fruto del trabajo mancomunado entre periodistas y públicos. Si en los siglos XVII y XVIII libertad de prensa era igual a libertad de imprenta, hoy tenemos una imprenta en nuestro teclado (p. 51).

Los personajes son importantes porque han abierto el camino y han mostrado, con un coste personal altísimo, que se puede hacer periodismo cortocircuitando las industrias periodísticas actuales; en dos sentidos. El primero, reclamando periodistas que permanezcan a la cabecera del público, más que estrellas mediáticas; y el segundo, reconociendo en el ejemplo de WikiLeaks los fundamentos del periodismo de siempre: ética (con los de abajo); arranque de la noticia basada en hechos –como afirma el famoso dicho periodístico: los hechos son sagrados, las opiniones, libres–; herramientas informáticas (*software*) libres; buscando la credibilidad que funda el prestigio; y en un contexto que proteja la transparencia y la creación independiente.

Éste último, el marco legal que garantice la neutralidad de la Red y legislaciones abiertas, es fundamental para Sampedro, ya que nos desvela que empresas como Twitter han comunicado al gobierno de los EE.UU. la identidad de los seguidores de los *hacktivistas*, mientras que Google dio acceso a 1.500 páginas con las filtraciones de WikiLeaks, y Bing de Microsoft sólo a 10 páginas. Otro dato sorprendente, ya de nuestro país, es que sólo el 20% de las bases de datos personales están registradas oficialmente, cuando sabemos que la información y los datos son poder, y también dinero. Por todo ello, la neutralidad de la Red es clave, porque tanto los ataques especulativos contra un país, como las protestas

sociales se pueden convocar a igual velocidad. Por eso, nos recuerda nuestro autor, WikiLeaks pudo resistir frente al Pentágono y el Departamento de Estado, empresas digitales o el sistema financiero. La potencia de filtración informática de los *hackers* es igual a la de sus superiores jerárquicos. Eso sí, siempre que la Red sea neutral.

Es aquí donde el libro entronca más claramente con la reivindicación de mayor calado, como es la refundación de la democracia. Pues, parece preguntarse ¿cómo es posible mantener una Internet libre, no parcelada, en tanto que ecosistema en el que puedan convivir los mejor situados socialmente y aquellos que subsisten en los bordes, si son los primeros los que establecen las condiciones? Si, como dice Assange, Internet se está convirtiendo en la cúspide de la globalización neoliberal, la transformación quedaría abortada. Por ello, Sampedro apuesta por recuperar y refundar la democracia, hoy asediada por el binomio formado por la pseudocracia y la securocracia, que se alimentan del miedo a la libertad. Es por ello que una vez inmersos en esta espiral aceptamos perder libertad, autonomía y democracia (p. 167).

A pesar de lo atractivo del escenario mostrado, del bello panorama que Sampedro nos propone divisar a través de las ventanas de nuestras sociedades perplejas, el camino no está exento de contradicciones y trampas en las que se puede caer si no se adquieren las vacunas apropiadas frente a la ingenuidad, y que su propio análisis nos ofrece. En primer lugar, el Cuarto Poder en Red precisa de cierta institucionalización, para evitar la precarización o la autoexplotación de muchos emprendedores digitales y *hackers*. Pero además, nuestro autor es consciente de problemas analíticos de mayor alcance que aparecen en el horizonte de esta nueva forma de construir información. Y es que mostrar la injusticia no basta para que desaparezca, es fundamental un contexto que la presente como inaceptable; después, son necesarios mecanismos de sanción operativos; a continuación, la existencia de plataformas de representación –todo cambio cultural, nos recuerda, comienza por una crisis de la representación–; y, por último, compartir valores reforzados desde la ciudadanía, o lo que denomina actitudes de una ciudadanía de alta intensidad (p. 172).

A pesar de que el texto de Sampedro no es sólo una apelación a descubrir un nuevo periodismo, pues ya hemos mencionado que las propuestas son de mayor calado y apuntan a una refundación de la democracia, la herramienta o el instrumento privilegiado para ello es este Cuarto Poder en Red, que constituyen el foco de los dos últimos capítulos.

Esta nueva (o no tanto) forma de hacer periodismo comienza por una constatación de nuestro autor: “los periodistas nunca se hicieron ricos ni fueron dóciles. Estas son cualidades de los escribas sentados, los cronistas oficiales, los mer-

caderes y los mercenarios” (p. 187). La frase es sólo el comienzo de una enérgica sacudida en toda regla del sistema informativo actual, pues nuestro autor señala que todos los medios convencionales se saben atrapados en un proceso de decadencia irreversible. Los jóvenes no se identifican ya con los formatos y los contenidos del periodismo convencional, en los que el infoentretenimiento, los *reality-shows* (que Sampetro llama McTele) y los todólogos que sustituyen a analistas expertos se erigen en la dieta básica. Esto es así porque los jóvenes ya forman parte de una esfera pública digital en red, que requiere y donde encuentran otra dieta diferente.

Frente a esto, las lecciones de WikiLeaks apuntan en tres direcciones de nuevo periodismo. La primera consiste en la idea de que el canal, el código y la información oficial deben considerarse bienes públicos; la segunda se centra en la importancia de la colaboración para realizar la denuncia; y la última redescubre la globalización, en el sentido de que la información es transnacional y el enfoque, en coherencia, es postnacional (p. 201). Lo anterior no tiene nada que ver con el periodismo ciudadano digital tan en boga, que nuestro autor denuncia como ocultador de la precariedad laboral y la degradación de los contenidos.

La tarea por tanto parece inmensa y, como tal, los estados deben involucrarse, entre otras cuestiones, en apoyar tecnológicamente a la ciudadanía para que genere información. Especialmente, cuando se trata de comunidades atrapadas. Mientras, los empresarios tendrán como reto construir redacciones expandidas; es decir, trabajar con profesionales que actúen como extensiones digitales de la comunidad a la que sirven (p. 241).

Cuarto Poder en Red concluye con un alegato optimista acerca del futuro del periodismo, “puesto que entender el periodismo como una plataforma de publicaciones de la sociedad civil y una caja de herramientas de comunicación abiertas y libres lo emplaza como una de las profesiones más valiosas del siglo XXI” (p. 251). Se necesitan, por tanto, muchos más periodistas de los que existen en la actualidad, aunque no para sentarse en las redacciones, sino para estar en las organizaciones que quieran integrarse en el Cuarto Poder en Red.

Sampetro demuestra, una vez más, agudeza y perspicacia para detectar el cambio y la transformación social que ya está latente en nuestras ciudades, así como para analizar todas las vertientes en las que se manifiesta. Por ello, este es un libro esencial para cualquiera que quiera dedicarse al periodismo o a su enseñanza. El periodismo, a pesar de las sombras que se ciernen sobre él, está llamado a ser de nuevo, ahora como Cuarto Poder en Red, un termómetro de la historia y uno de los ingredientes de la regeneración ciudadana.